

Jesús ASTIGARRAGA, *Los ilustrados vascos. Ideas, instituciones y reformas económicas en España*, Crítica, Barcelona, 2003, 279 pp.

Es bien conocido, entre los estudiosos del pensamiento económico de la Ilustración en España, el trabajo paciente y erudito que el autor viene dedicando desde hace muchos años a los temas del pensamiento ilustrado en el País Vasco, comenzando por su tesis doctoral sobre «Pensamiento económico y reforma ilustrada de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País 1760-1793» (1991), que le dirigiera el malogrado Ernest Lluch, a quien se dedica la obra y de quien Astigarraga fue un distinguido discípulo y colaborador, que hoy forma parte de un selecto grupo de continuadores de un trabajo de investigación que ya ha dado sólidos frutos y que a no dudarlo seguirá dándolos.

Astigarraga conoce bien la temática en la que se mueve, sobre la que ha realizado numerosos estudios de primera mano, explotando una copiosa serie de archivos. Se trata, por tanto, de una obra –la suya en general y el libro que se comenta en particular– que puede abordarse con la tranquilidad de que nos introducimos en un terreno sólido, en que todo cuanto se escribe está debidamente contrastado, matizado y dicho en un estilo que añade placer a la lectura. En esta ocasión, el autor ofrece una visión panorámica de la Ilustración vasca estructurada en cuatro partes, un esquema que pretende presentar un panorama de la evolución que experimentaron las ideas y las realizaciones de un benemérito grupo de ilustrados en el País Vasco durante un período no muy largo pero sí intenso, especialmente en los últimos cuarenta años del siglo XVIII.

La Introducción, que precede a los nueve capítulos que integran las cuatro partes referidas, presenta una breve y buena síntesis del proceso de formación del pensamiento económico, así como de su influencia en España. Refiriéndose a la Bascongada, Astigarraga pasa revista sucinta a las interpretaciones, muy diferentes entre sí, que a lo largo del tiempo se han hecho de la primera de las Sociedades Económicas que se crearon en el país. Ante un panorama de tal heterogeneidad, el autor afirma que «el auténtico propósito de este libro es tratar de recuperar algo del consenso perdido» y se plantea tres preguntas importantes: ¿fue la Bascongada una sociedad distinta de las que la siguieron tan sólo en su condición de precursora?, ¿coincidió su programa con el de la Ilustración oficial personificada por el fiscal del Consejo de Castilla Campomanes?, y, ¿puede hablarse de una Ilustración vasca con personalidad propia?

El recorrido temporal del libro se extiende entre los años 1748 y 1804, porque estas fechas simbolizan el inicio y el final del movimiento autónomo que representaron los Amigos vascos (la primera de ellas corresponde a la fundación de las Juntas Académicas de Azcoitia y la segunda a la pérdida de la gestión del Seminario de Bergara, que pasó a la Administración central). En cuanto a la estructura de la obra, la primera parte («Organizándose») describe el proceso de creación institucional que desembocaría en la

Bascongada; en la segunda («Programando») se analizan los textos económicos más relevantes que elaboraron los socios durante las dos décadas más florecientes de existencia de la Sociedad (1760-1780); la tercera («Reformando») describe las principales reformas prácticas que pudieron ser llevadas a cabo; y la cuarta («Adaptándose») ilustra la remodelación que experimentó la Bascongada y el giro agrario que se produjo en la Ilustración vasca, acabando con un capítulo expresamente dedicado a ofrecer una nueva visión de Valentín de Foronda y su obra. Un epílogo sobre la decadencia y desaparición de la Sociedad cierra el libro.

El proceso de emergencia de los ilustrados vascos, que se desarrolló entre 1748 y 1765, tuvo su punto de partida en una nobleza cultivada y activa. Comenzó con la aparición de los *caballeritos* de Azcoitia, impulsados por Javier María de Munibe –conde de Peñafloreda–, Joaquín de Eguía –marqués de Narros– y Manuel Ignacio de Altuna. Pero en realidad la Bascongada surgirá como fruto de una evolución integrada de diversos grupos ilustrados y nobiliarios más o menos dispersos en todo el territorio vasco. Queda claro que el papel de los tres citados es notable, pero que en aras a la verdad de ningún modo puede pensarse o afirmarse que ni ellos ni el núcleo azcoitarra fueron los únicos protagonistas del proceso. Es muy digno de destacarse que uno de los elementos que contribuye a explicar las inquietudes de aquellos ilustrados es el hecho de que estaban en contacto con Europa, en particular con la vecina Francia, recibiendo libros del exterior y realizando estancias de estudios en el mismo. Este contacto con lo que se publicaba y hacía en otros países contribuirá a constatar el funesto papel que desempeñaban los sectores sociales atrasados que controlaban la enseñanza en España; de este modo conectarán los ilustrados vascos con el espíritu que animaba a Carlos III y sus gobernantes.

La creación de la Bascongada se contextualiza con cierto detalle en el proceso que dio lugar en un primer momento (1763) a la aparición de la Sociedad Económica de Guipúzcoa, inspirada en las sociedades económicas y las sociedades de agricultura francesas. La Bascongada constituía un experimento de invención institucional, que comenzó en 1764 con la aprobación de unos primeros *Estatutos* y la adopción de la divisa vascongada **Irurac bat** –«las tres provincias hacen una»– (lo que vale la pena destacar) y de un nombre caracterizador y pletórico de significación: «Amigos del País» (en este caso, del País Vasco). Destaca Astigarraga que las Comisiones de que se componía la Sociedad –Guipúzcoa, Vizcaya y Álava– fueron mucho menos homogéneas entre sí de lo que se había pensado hasta ahora, lo cual concuerda perfectamente con las diferencias reales que se daban entre las tres provincias por lo que se refiere a su realidad socioeconómica, en particular por las diferencias de carácter de la respectiva nobleza y de estrategia de los grupos comerciales de San Sebastián y de Bilbao.

La importancia que llegó a alcanzar la Bascongada queda de manifiesto por la información que detalla el autor, de la que procedería destacar la relación con el exterior –envío de becarios a centros de enseñanza y experimentación del centro y norte de Europa, así como captación de científicos extranjeros y adhesión de Amigos a otras sociedades europeas–, el número de socios que llegó a tener –superior a los mil ochocientos a lo largo del período 1765-1794– y su presencia en otras ciudades de la Península (Cádiz, Sevilla, Madrid y Pamplona), aparte de su conexión con la Congregación de San Ignacio, que le

permitiría disponer de un mecanismo de enlace con la capital del Reino, de evidente importancia a la hora de hacer llegar sus propuestas, proyectos, sugerencias o peticiones a las más altas instancias del país y por el conducto más adecuado en cada ocasión. Y sin omitir su extensión al continente americano, lo que sería causa de una considerable ampliación del número de socios.

En el cuadro que traza Astigarraga no puede faltar la importante figura de Campomanes, socio honorario de la Bascongada desde 1769 y buen conocedor de la institución, que se inspiró en cierta medida en el modelo vasco para dar forma a las sociedades que quería crear desde las instancias del poder, aunque dotándolas –de hecho– de unas bases políticas, organizativas y doctrinales nuevas. A modo de conclusión de esta primera parte, el autor sugiere que la Bascongada y la Matritense fueron «instituciones diferentes, que dieron origen a movimientos reformistas también distintos». Uno, el inspirado en la institución vasca –imitado únicamente por la Tudelana– y otro, el de las sociedades creadas en el resto de la Monarquía y adaptado al modelo de Campomanes.

La segunda parte se adentra en el mundo de los textos, de los que se hace un análisis muy documentado. Los textos analizados son el *Plan de una Sociedad Económica* (1762-1763) y el *Ensayo de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País* (1768). El *Plan* muestra la particular asimilación del liberalismo fisiócrata, en un entorno como el guipuzcoano, en el que no era visible la oportunidad de un sistema económico autorregulado. Ciertamente, Peñaflorida –su autor– no hace sino recoger una serie de ideas procedentes de los economistas extranjeros anteriores, que se discuten a la luz del entorno vasco. En cuanto al *Ensayo*, se trataba de un volumen que recogía los discursos presentados en las Juntas de la Bascongada en materia económica. El *Ensayo* muestra una continuidad con el *Plan* y expone el ideario económico de la Sociedad. Es evidente el conocimiento que tenía Peñaflorida de la obra de Quesnay. Pero a la hora de elegir una pauta de crecimiento no sigue la opinión fisiócrata de preferencia por la agricultura, sino que se inclina de modo más pragmático por un crecimiento «hermanado» de la agricultura y de la industria, más acorde con la realidad en la que se desenvuelve la Bascongada.

El capítulo 4, en esta segunda parte, lo dedica Astigarraga al análisis de uno de los ilustrados vascos más estudiados: el bilbaíno Nicolás de Arriquíbar (1714-1775), hombre de negocios y administrador, que fuera prior del Consulado de Comercio de Bilbao, y autor de la *Recreación política*. Éste es un tema bien conocido por el autor que se comenta pues fue precisamente él, junto con José Manuel Barrenechea –otro de los esforzados investigadores del campo que nos ocupa–, el editor de esa obra (1987), que en su momento fue publicada póstumamente por Valentín de Foronda (1779). El análisis de la *Recreación* (qué palabra tan sugestiva) es muy completo y permite formarse una idea muy ajustada del contenido de este importante texto. El último capítulo de esta parte hace referencia a diversos temas, comenzando por el lujo, que con criterio matizado se acepta como preferible al atesoramiento, siempre y cuando no se trate de un lujo «excesivo». Puro sentido común, no exento de riesgos si se tiene en cuenta el celo con que la Inquisición observaba este tipo de ideas. Y conste que alguno de nuestros ilustrados llegaba a postular la superioridad moral de la sociedad basada en el lujo. Otros temas también contemplados, después del lujo, se refieren a caridad, educación, gremios y enseñanza de oficios, y al particularmente

delicado e importante asunto de la honra de oficios y «nobleza comerciante». Información relevante: la aportación más destacada de la Bascongada a la Ilustración en España tuvo que ver con la honorabilidad del comercio.

La tercera parte plantea otro tema importante: el de la relación con el específico marco foral de las provincias vascas, analizando en un primer capítulo (el 6 de la obra) las actividades reformadoras en el marco económico foral y en otro (el 7) la reforma del propio marco. Se pasa revista a las interrelaciones entre las instituciones forales, el gobierno de la Monarquía y la Bascongada, donde se pone de manifiesto la extrema dificultad de llegar a soluciones satisfactorias para todas las partes y el extraordinario empeño de los ilustrados vascos para no tirar la toalla, aunque en el balance final haya que concluir que hubo más voluntad que efectividad. Un cuadro que nos lleva inevitablemente a pensar en épocas mucho más cercanas. En este sentido es impresionante la oposición a una «Historia Nacional Vascongada». O la afirmación de que «el sistema foral se convirtió en la traba más importante para el desarrollo del programa ilustrado en el País Vasco». Entendemos que estos capítulos (6-7) son de una punzante actualidad.

La cuarta parte describe el último período de la Bascongada, cuando a partir de 1788 comenzó a decaer la actividad científica del Seminario de Bergara y poco después se experimentó un cambio en los temas tratados, derivando hacia otros menos «conflictivos». El último capítulo (el 9) contiene un nuevo análisis de otro de los grandes ilustrados, Valentín de Foronda (estudiado por Barrenechea, 1984), cuyas *Cartas sobre Economía Política* representan el «principal tratado económico realizado en el seno de la Bascongada después de la *Recreación* de Arriquíbar». Se trata del de mayor nivel analítico de la Ilustración vasca y uno de los más completos de la Ilustración española.

La Bascongada, cumplido su ciclo, iba a desaparecer. En 1804, por orden de Godoy, el gobierno se hizo cargo del Seminario de Bergara. Pero la historia de las instituciones y de las actividades de los ilustrados vascos, cada vez mejor conocida gracias a los trabajos y a la dedicación de personas como Jesús Astigarraga, demuestra el alto valor de sus ideas y de sus acciones. Puede afirmarse con toda seguridad que la lectura de la obra reseñada tiene que incrementar el conocimiento de una parcela tan relevante de nuestra historia del pensamiento económico y de sus relaciones con el marco político-económico-social en el País Vasco.

JORDI PASCUAL